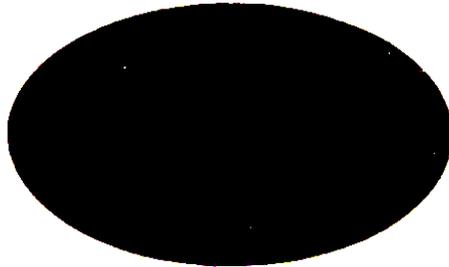


algunos afiches porque era imposible embadurnarlos todos en pocas horas... Yo, como Secretario de Propaganda...

Así comenzó su carrera de político: practicando contigo sus futuros discursos, inspirados tal vez en el ejemplo del vendedor que reunía a toda su familia y a la muchacha de servicio con el fin de ensayar charlas conmovedoras, demostraciones espectaculares, y mil triquiñuelas más, útiles para colocar su producto.

Le fuiste tomando gusto a los cuentos. Federico era el hombre...



#### CITA EN CARNABY

*Carlos Noguera, 70*

(Dedicado a tí, ensalada rusa, sin ninguna ironía; lo sabe)

48 Te ocurrirá algo extraño cuando leas el periódico, *Ñato*, cuando ya creas que te espera un sábado monótono sin ninguna otra cosa que hacer como no sea llevar el carro al autolavado expreso, leerás en la página de sucesos, a cinco columnas con entrevistas a los funcionarios implicados y un comunicado de Relaciones Interiores que tampoco te aclarará demasiado las cosas, leerás esa noticia que te dejará frío y no te permitirá terminar con el desayuno, lo recordarás más tarde durante el día, cuando sientas una y otra vez regresar el sabor agrio y espeso del jugo de naranja.

Pensarás que no te queda más remedio que admitir que se trata de Graciela, y te dolerá esa forma anónima de morir, o mejor: te dolerá admitir que haya muerto, no importa la forma; pero más tarde sentirás un odio oscuro contra todo y leerás y releerás la noticia hasta aprenderte de memoria el texto, mal escrito y los detalles borrosos de las fotografías.

Recordarás nuevamente cuántas veces se lo advertiste y nuevamente te costará entender por qué Graciela, por qué precisamente Gracielita tan vital ella, tan espontánea ella, tan ajena en el fondo a todas esas motivaciones ideológicas y complicaciones revolucionarias que decía defender, por qué precisamente Graciela, yo se lo dije tanto, tanto, por qué muerta ahora en un pueblo casi anónimo, estéril, unida furtivamente a un grupo que nunca llegó a comprender, lo sé, atada sólo por encuentros fortuitos y aventuras comunes, dirás. Claro que la noticia no aclarará nunca que se trata de Graciela, pero sabemos que tú no dudarás en establecer coincidencias: reconstruirás los horarios,

creerás recordar palabras, diálogos al azar que te llevarán a ella, recordarás que hoy, precisamente, debía estar de vuelta y aguardarás su llamada o llamarás tú, Ñato, cada hora, temblando, esperando encontrarla siempre.

Lo lamentarás mucho, Ñato, lo sabemos, y volverás a verla tal como era, elegante, con sus adorables piernas maquilladas y dulces, flotando debajo de la minifalda color mostaza, y su sonrisa totalmente amplia de crema dental y más arriba los lentes redondos, amplios, sosteniéndose en la punta de la nariz con un equilibrio imposible, y detrás los ojos sonrientes siempre y más arriba las hebras rubias; la verás salir nuevamente corriendo decidida, casi a cámara lenta, como corren las muchachas en los comerciales de la TV, casi así, casi, sintiéndose increíblemente bella y segura, como sólo puede estarlo una que se haya criado en tu ambiente, dulcemente protegida desde nena, desde nenita, cultivada para los mejores paladares; pensarás esto cuando leas la noticia, o tal vez más adelante, porque seguro que uno no piensa eso cuando le participan la muerte de una amiga, por buena que esté. Lo pensarás más adelante, y volverás a verla, descansada, dentro del deportivo rojo, sin capota, con aquel tremendo pique al arrancar, y la polvareda que levantaba cuando le aplicaba la sobremarcha desde el encendido mismo, con los 8 en V a todo dar, que si uno quedaba atrás apenas podía, mirar la amplia cabellera rubia, cuando la neblina amarilla se esparcía y el escape libre indicaba dónde iba la liebre, quiero decir Graciela, 300 metros más adelante, con el reproductor, de siete vatios a full y los guantes de cuero perforado y la manita inquieta, inquietándose y tamborileando sobre la consola, a la derecha; o arreglando el retrovisor externo para coquetear o estar lista para hacerlo desde todos los ángulos posibles; debes usarlos campana, nené, y con talle Saint Tropez, bien bajo, nada de pana, la pana no es para la playa, y por favor, también blandos, digo los zapatos, ¿quieres?

49

Ah Graciela, que te empeñabas en vestirme. Debiste dedicarte a la alta costura y no a jugar a la guerrillera, eso no te dejará nada, yo te lo decía yo, ¿eh?, ya te lo decía yo desde que te empeñaste en cursar en la Central, no por estar de acuerdo con los viejos, lo sabes bien, porque tampoco la cosa era como para sacarte para gringolandia como ellos querían, pero sí que olíamos todos algo raro, presentimientos, ¿no?, de modo que cuando empezaste a cambiar, a tener amigos extraños, a embarcarnos a nosotros los de tu pata por una reunión de grupo de estudio, ¿te acuerdas?, esto va a terminar mal, es una lástima, fue lo que pensé, te soy sincero: eso fue lo que pensé aunque nunca quise decírtelo, ¿para qué? No era cuestión de estarte contrariando, pero yo lo de los grupos de estudios lo conocía bien porque algo parecido le pasó a Santi. ¿Recuerdas a Santi, el de Altamira? A Santiago también lo embarcaron en lo de los grupos y ya estaba casi convencido, te lo juro, pero la familia lo cachó a tiempo y lo hizo saltar el charco: mejor hipi que traidor a su clase, como dirías tú, ahorita se está dando la gran vida en Londres. Dirás que son

distintos: él es Santiago y tú eres Graciela, pero, muñeca, él está vivo y tú quizás no.

Sí, Gracielita, desde que te embarcaste en eso de la Central, lo presenté. Tarados también que estaban tus viejos: por supuesto que eras la heredera única, pero de cuando acá tú haciendo sondeos de opinión entre los obreros de la fábrica y pidiéndole al pure que te dejara trabajar con ellos y que para comenzar desde abajo; ¿desde abajo miqui! Claro que pasando por las alfombras hasta las selladoras, desde los pisapapeles hasta los montacargas, todo, absolutamente todo sería un día tuyo, como te decía el viejo, pero una cosa es la responsabilidad de una mujer madura y otra un jueguito como el que tú pretendías muñeca.

Pero claro: no estaré pensando estas pendejadas cuando me llegue la noticia definitiva. No sería el momento de reprocharle nada, porque de nada valdría y porque creo que lo hice en su momento, cuando debía hacerlo. No muñeca, ya sé que querías vivir a tu manera y que los ayudabas a tu manera: faltaban mujeres en el equipo como quién dice. Tu aire de turista elegante, de niña bien, les venía de perlas, lo sabías, pero no lograré entender nunca a qué tanto riesgo y tanta movida misteriosa que yá me tenían la piedra afuera, te lo juro.

50 Me hubiera gustado verte en el agite aquel cuando pasaron las armas aprovechando el Carnaval Turístico de Carúpano y usando aquella monstruosa peluca pelirroja que compraste en Sabana Grande a pesar de mis protestas; es un peluquín de puta, muñeca, no botes la plata en eso; y tú: tienes que vivir todavía, Ñato, no sabes, no sabes para qué es; y yo sí que lo sabía o lo sospechaba; y luego: si te lo digo te mueeeres, con tu sonsonete así, toda coqueta así, toda volteando la boquita porque sabías que con eso estaba listo y nada podía hacer y estaba listo. Me hubiera gustado verles la cara también a los tipos de las alcabalas móviles, porque segurito que los volvías mantequilla, agitando las pestañas postizas y dándoles picón con la blusa transparente y picándoles el ojo y diciéndoles de todo lo que a uno le gusta oír nada más que para levantarlos, y así claro, así que carajo te iban a estar registrando, les provocaría registrarte a tí, pero al carro nones.

¿Correaje! Tú, sí que las tenías, Gracielita. Correaje para qué, si aquí llega la revolución a la primerita que fusilan es a tí, te lo dije una vez en la Eva, ¿te acuerdas?, y tú, vuelta con lo de Ñato no entiendes y dale con Ñatico no entiendes y vamos a meterle al surf y vamos con velocidad porque un día de estos a lo mejor me tiemplan de verdad y no lo vamos contar; en la Eva ¿rimemba?, y te sonreías y ya no querías escuchar más nada sino meterle al whisky y al soul y qué bella tu camisa, deberías regalármela y al disc-jockey, para levantarlo también y para que siguiera poniendo toda la noche la música que a tí te viniera en gana y yo, ¿qué podía hacer?

Lo único que podías hacer aquella noche, si es que alguna vez ocurrió, Ñato, era tratar de observarla en toda su locura, tal vez algún día

necesitaría de ese recuerdo. Observa como quiebra su cuerpo mientras baila la luz intermitente que brota a través de la trama cinética colocada delante del reflector; lentos movimientos desplegados a conciencia, como si estuviera acariciando un felino, como si ella misma fuera de verdad un felino: tenso de pronto cada músculo del cuerpo, levantando con cansancio las manos, los brazos haciendo molino a uno y otro lado del talle, por encima de la cabeza y a los lados y el increíble movimiento de las caderas, míralas, Ñateo, alguna vez viste quizás un movimiento igual, aunque menos espasmódico, menos violento, por supuesto, en las viejas películas con imágenes de árabes imposibles echados sobre cojines multicolores, mullidos, mientras en el centro bailan la favorita y el cuerpo de baile, la comitiva y las otras esposas, así, así, tal como hace Graciela con las caderas, pero más lentamente con más cadencia como las hubieras podido ver también en las antiguas películas mejicanas, si las hubieras visto, si hubieras tenido una infancia de barrio o de pueblo del interior, qué se yo, Meche Barba, María Antonieta Pons, Ninón Sevilla, aunque no hay comparación, por supuesto, con ésta Graciela, rítmica Graciela, no la olvides, Ñato, no olvides esa figura fragmentada por las luces cambiantes y la trama de alambre delante de los reflectores y en la pantalla esa insólita escena de lucha entre gorilas, y como se le ponen brillantes, fosforescentes los dientes, el borde de los ojos a Graciela, no a los gorilas; sonrío, Ñato, te dice, hasta tú puedes lucir con dientes blancos, sí, sonrío, mientras es la luz morada la que cae y la vuelve brillante, tu camisa, digo, y sus dientes y el borde de los ojos y todas las parejas que bailan y quedan frente al reflector tienen ahora ojos azules, latinos con trasplantes nórdicos, fue lo que pensaste aunque no en este tono tan sofisticado, ¿eh, Ñato?; y, no te sientes que ahora es cuando, esa rumba flamenca no me la pierdo, me muero, me privo, etc. te dice, no me la pierdo y tú sales a bailar, ¿quién no?, sales mientras observas y sientes un pequeño estremecimiento que te sube por la columna, observas o deberías observar si es que no lo has hecho todavía observas como mientras su cuerpo copia el ritmo Peret sus manos están ahora sobres los muslos, y suben y bajan lentas, desde las caderas hasta la mitad del muslo, no te vayas a desmayar que la pones, no, por suerte es sólo un momento, y tú piensas que te insinúa, digo yo, pero es sólo un momento, porque por fortuna ahora las sube de nuevo y dale a hacer castañuelas con las palmas sobre la cabeza y dale a zapatear, no querido, sobre las alfombras no, te estás saliendo, te decía, te dice Gabriela, porque de verdad que estás pataleando fuera de la pista, así no se oye el taconeo, te dice, cuando estemos, pero no sigue hablándote, no termina, para qué si ahora lo que importa es meterle a Peret y a los cuerpos y las luces, y todos los colores de ésta y otras noches similares, interminables, anteriores, y toda la ebriedad de todos esos cuerpos tocándose y rozándose y tratando de conocerse sin lograrlo totalmente pero haciendo como si, haciendo como si en este gran dirigible como diría el chino, con aire acondicionado, el dirigible, no el chino, en este gran dirigible se estableciera de una vez y para siempre la comunicación definitiva que de otra manera, afuera, en el mundo externo, resultaría insólita, imposible;

pero a tí no es que se te descomponga ese lenguaje de los gestos, las pequeñas mímicas y los quejidos guturales, no es que estés fuera del frenesí, es que estás por momentos demasiado en el fondo de Graciela como para permitir ninguna otra expansión, ninguna otra guarida; mírala, Nato, porque alguna vez necesitarás este recuerdo, llénate de ella, llénate, llena tu pupila de ese traje de chifón y su extraño color de humo que flota hasta el suelo, ondulante, ceñido levemente a nivel de la cintura, con ese cuello, amplio, blanquísimo, casi imaginario que cierra el escote y contrasta con el resto de las transparencias y la hace tan colegiala, tan niña, tan inocente, dime como era que te chupabas el dedo, nena, cuando estabas pequeña, anda, dime cómo era y ella que para qué te iba a complacer, y se le disgustaba el ceño, y en seguida inmediatamente, para seguirte fregando, subía la naricita yá sabes cómo y decía no, mejor dicho: hacía no con la cabeza, moviéndola a uno y otro lado, rápida, hace no con la cabeza y los rizos aislados que le caen, artificiales delante de cada oreja, le llegan hasta los ojos, y le resbalan por las mejillas, y por momentos se le quedan a mitad del camino, adheridas sus hebras amarillas al leve sudor y al leve rubor que ha quedado después del surf y tú te diluyes en el fondo de la corriente de aire acondicionado, en el fondo de todas las visiones, en el fondo del vaso que ella lleva ahora hasta los labios, sonriendo, mientras en la pantalla, el gorila más grande líquida, con un último zarpazo al gorila más pequeño.

52

Se supone, según la versión, que el Nato-espera, que tú Graciela, habrías salido tres días antes, al atardecer, y justo después de haberte citado, con él en la heladería. No habrías podido comer el helado de vainilla a causa del nerviosismo y te habrías subido y bajado los lentes sobre la nariz con un temblor convulsivo, esto te ocurriría siempre. Habrías repasado y reconstruido cada uno de los pasos que darías en las próximas horas y tal vez por eso no habrías escuchado la conversación y tal vez por eso el Nato se habría disgustado y la cita cerraría con un chao frío que no pronosticaba nada bueno.

Se supone que realizaste los contactos a las seis y que no confundiste el color del traje que te esperaba y ni olvidaste que era Life y no Elite la revista que el muchacho vestido de marrón debía llevar debajo del brazo cuando estuviera frente al parquecito Colón, que no hubo problemas en recogerlo, a las seis, repito, ni en trasladarlo donde iban a realizar el contacto definitivo, siempre yendo tú al frente del volante y manejando con una parsimonia increíble en tí, acostumbrada como estabas a volar en tu bólido rojo de doble carburación. Anunque esta vez, es cierto, no se trataba de un bólido, sino de una máquina pesada que tú no estabas acostumbrada a conducir, más pesada todavía a causa del "relleno" que le habrían metido. Se supone que este relleno, o la conciencia que tenías de él, te produjo lo que siempre se te producía cuando estabas cerca de un arma en estas condiciones: la mano que te apretaba el estómago, el sudor frío alternándose en tu rostro con un calor desmesurado, el dolorcito de cabeza que no acababa de aparecer ni acababa de irse a pesar de los conmel y los beserol y los

tranquilizantes, y sabías que era por eso por lo que no te dejaron nunca manejar ni la más pequeña pistolita. Y, qué ibas a hacer, volviste, o se supone que volviste a recordar cuando te hablaron por primera vez de las balas dum-dum, y lo que podía producir al entrar y cómo se desplazaba antes y después de penetrar en el cuerpo y todo aquello de la pequeña cámara de aire y el huequito y cómo era que el huequito ayudaba a la explosión y cómo fue que te sentiste tan mal que hasta ganas de vomitar te dieron y tuviste que meter el cuento de la indigestión porque sino hasta ahí iba a llegar todo, allí si que te cortarían, y tuviste que ir al baño y en el baño lloraste pero de la arrechera que te producía el sentirte tan débil, tú que te habías sentido siempre tan bien cuidada, tan deportista tú, tan ágil, tuviste que llorar.

Se supone que tus compañeros trataron de distraerte durante el trayecto y que la peluca rojiza, que ya sabemos que habrías comprado en Sabana Grande porque el Ñato ya lo dijo, no se te rodó ni te causó problemas; es más, que hasta en los cruces de las alcabalas móviles mantuviste serenidad y pudiste ejercer tu alegría y coquetear sin exageraciones, sin desplantes histéricos ni sospechosos, que hasta en el momento del reventón del caucho de portaste a la altura.

Se supone que fue en el extremo del correaje, ya en el pueblo, donde se presentaron las dificultades, donde los del SIFA habían estado esperándolos por uno de esos azares y de esas sopladas que siempre pueden ocurrir y el moreno que iba, o iría, en el asiento trasero del carro que conducías se habría dado cuenta, justo después que hay que estar moseca, había dicho, y luego había contado el chiste de la mosca y hasta tú lo habrías celebrado, tú Gracielita, que ya estabas a punto, en el extremo de la tensión y te reías más con una contorsión que con una risa de verdad; el moreno, digo, se habría dado cuenta y habría olido bien a una distancia suficiente como para intentar todavía escapar aunque ya no tuviera sentido alguno; se supone que todo esto habría ocurrido y que la última en bajar del carro habrías sido tú, ahora inmóvil, casi porque no te lo esperabas, o sí te lo esperabas pero no querías creerlo. Claro, habrías bajado cuando era una locura ya dar un paso siquiera, siquiera un pequeño movimiento, pero habrías corrido de toda forma, para qué pensarlo, para qué, y sin pensarlo habrías escuchado detrás el tableteo sordo casi de las metralletas y habrías sentido como un cuerpo ajeno, el tuyo caía mientras intuías la última escena yéndose de tí fundiéndose con un polvo, espeso y amarillento que ya paladeabas, abajo, tendida en la calle.

53

¿Aló? - ¿Ñato? Claro que soy yo, Graciela, ¿quien iba a ser? ¡Pero qué te pasa! Claro que estoy viva. ¿Aló, aló? ¿Ñato? ¿Te sientes mal? ¿quieres que cuelgue? Bueno, déjate de estupideces. No, no soy la del periódico, soy Gracielita, tarado. No, yo no estaba para allá, estuve más lejos, pero no es problema tuyo, nené. Si, no fastidies, todo a las

mil maravillas, chévere, estoy completica. ¡Claro que fuí! Si te cuento te mueres, pero nones, nené, nones. ¡Ay, Ñato! Ví unas camisas lila de espanto, sé buenito y vamos a comprarnos dos, ¿quieres? Okey, a las cinco. Una para tí y una para mí, unisex, nené, hazme caso, llévate los pantalones blancos. Sí, en Carnaby. A las cinco. Chao. Chaíto.

54

